

---

## CAPÍTULO XIV.

La noche de las visiones.

«Ella está desesperada», le hemos oído decir á Javier, y no le ha faltado razon para decirlo, porque el demonio, que se habia propuesto reirse de la señora Gertrúdis, le proporcionó ocasion de poner en manos de Magdalena la carta que Miguel habia dejado sobre la mesa de su cuarto.

Con la mejor intencion del mundo, la inocente portera, aprovechando un momento oportuno, entregó la carta; la carta cruel que, semejante á un puñal, debia clavarse en el corazon, ya afligido, de la hermosa vecina.

Nunca hubiera esperado la pobre niña que las primeras palabras de aquel hombre ingrato hubieran sido éstas: «Magdalena..... adios..... olvídame»; pero ¿cómo resistirse á

la evidencia de una despedida tan terminante?

«Olvídame» queria decir «adios para siempre», y pensó lo más natural y lo más cruel, lo más probable y lo más terrible: pensó que otra mujer le robaba su dicha. Mas ¿por qué se despedia?... ¿Quién le obligaba á exhalar aquel adios eterno?... La inconstancia no se despide, el corazon que olvida es un fugitivo que se escapa y nunca dice: «Me voy».... Vuelve la espalda y desaparece sin volver la cabeza.... Las palabras que Magdalena tenía delante de los ojos é impresas en el alma eran frias, pero tristes; estaban escritas con decision y con pena, parecian más bien arrancadas por la fuerza de una necesidad invencible que dictadas por la ingratitud.

Pero ¿qué obstáculo insuperable se levantaba entre ellos?... ¿Qué abismo se abria repentinamente entre los dos?

Aquí se perdía en un laberinto de conjeturas el pensamiento de la pobre Magdalena.... queria disculparlo y no encontraba disculpa.

Pensando en la posibilidad de una ingratitud, discurría, y discurría bien, que el amor de aquel hombre habia sido un vano pasatiempo y su carta era una burla.... Empezó mofándose de la sinceridad de su corazon y concluía riéndose de su pena.... Entonces su imaginacion indignada le pedía venganza.... venganza.... porque no hay castigo para los ingratos que alevosamente roban el sosiego de las almas tranquilas.

Ella lo amaba porque él habia querido que lo amase, porque habia encontrado en sus miradas y en sus sonrisas el calor del cariño.... porque sus ojos le habian dicho mil veces que no la olvidaría nunca.... porque habia visto iluminarse su semblante con la luz de la alegría siempre que ella lo miraba, del mismo modo que se ilumina el cielo al asomar la aurora.

Mas tanta ingratitud no era posible; por lo ménos Magdalena no la concebía, sin que una mano poderosa hubiera borrado del corazon de Miguel la imagen de un amor que creía firmemente haber infundido con la mis-

ma fuerza, con la misma constancia que ella lo sentía.

Las mujeres ven siempre, y no siempre ven mal, la mano de alguna mujer en todas las inconstancias de los hombres, y Magdalena, guiada por su instinto de mujer, volvió á fijarse en esta idea, que la hería en el fondo del alma, y vió todo lo que la imaginación exaltada nos hace ver en casos semejantes, y adornó á la que le robaba su dicha con todos los encantos de la belleza, del talento y de la fortuna.

Cuanto más seductora aparecía en el espejo implacable de su imaginación, más aguda era su pena, porque experimentaba ese dolor intenso con que se desprende del alma la última esperanza. Por una crueldad propia del sentimiento de que se hallaba poseída, habría preferido verlo muerto ántes que encadenado al cariño de otra mujer. Muerto podía amarlo, consagrando á su memoria un recuerdo perpétuo; podía verle en el fondo de su corazón y hablarle con el pensamiento; pero encadenado á otro amor, viviendo

para otra mujer, era preciso aborrecerle, odiarle, más todavía, olvidarlo, y su corazón inocente ignoraba aún cómo se olvida.

Entonces los celos encendían su espíritu, proponiéndole dos venganzas, una para *él* y otra para *ella*, y su deseo, estallando impetuoso, frenético, le pedía á la naturaleza el dón de todos los encantos, á la fortuna el poder de todas las opulencias, y al cielo el secreto de todas las gracias.

Javier tenía mucha razón al decir que Magdalena estaba desesperada, porque, en efecto, parecía á punto de volverse loca, y en medio de su locura esperaba con ansia al Duque y se estremecía al pensar si no iría aquella noche. ¡Se veía tan sola!..... que necesitaba un padre, un amigo, un hermano, un corazón con el cual partir el secreto de la pena que ya no cabía en su alma.

Pero el Duque tardaba. Había pasado la hora en que tenía costumbre de ir el hombre generoso que, ahogando su amor, le había prometido ser su padre, su hermano y su amigo, y la pobre criatura, creyéndose abandonada del universo entero, rompió en llo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

rar, entregándose al consuelo de los sollozos y de las lágrimas, porque Juana había salido despues de oscurecer, como tenía de costumbre, y su hermano sólo se presentaba en la casa á las horas de comer, y eso no todos los días.

Podía llorar sin testigos, sin espías, sin las duras reconvenciones de su madre, sin las sangrientas burlas de su hermano, y lloró sin consuelo. Tuvo que apartar el costurero para no manchar con sus lágrimas, la tela que cosía.

De pronto clavó en la puerta entreabierta sus ojos cuajados de lágrimas, y prestó atención suspendiendo el llanto.

Un ruido ahogado, semejante al que produce la lima sorda al rozar el hierro que quiere romper, llegó á sus oídos, y enjugándose los ojos con las manos, se puso en pié.

El ruido cesó un momento, y ya iba á sentarse, persuadida de que el miedo la engañaba, cuando el mismo rumor, siempre ahogado y sordo, volvió á sonar más distinto.

Se acercó á la puerta y la abrió silencio-

samente y tuvo valor para salir á la habitación inmediata, especie de sala interpuesta entre su cuarto y el cuarto en que Juana dormía.

El ruido se escapaba sordo y tenaz del cuarto de Juana, y Magdalena vió que salía luz por debajo de la puerta.... ¿Sería su madre que había vuelto? Era posible, porque Juana no salía nunca sin llevarse la llave, con la cual entraba en su casa á la hora que volvía, sin necesidad de que le abrieran.

Podía, pues, ser Juana; pero Magdalena no estaba segura de ello y le pareció prudente asegurarse, porque el ruido seguía más tenaz y más distinto.

Temblando de miedo y andando con las puntas de los piés, llegó hasta la puerta del cuarto de su madre, que estaba cerrada, y oyó el soplo de una respiración que seguía con cierto compás, si es posible decirlo así, los movimientos del ruido, que cada vez se le hacía más sospechoso.

Casi maquinalmente dobló las rodillas, y apoyando la sien en el suelo, miró por debajo de la puerta.

Por fortuna se hallaba casi tendida, porque si no, hubiera caído.

Junto á la cama de Juana y delante de un pequeño baul, forrado de dura baqueta, vió Magdalena, aterrada, los piés de un hombre.

Su primer impulso fué ponerse de pié, salir á la escalera y pedir socorro; pero el temblor inútilmente comprimido que circulaba por todo su cuerpo no la dejaba levantarse, y permaneció inmóvil, mirando por debajo de la puerta.

Desde allí distinguió una mano que iba y venía en movimientos encontrados, y le pareció que aquella mano cerrada sostenía un pequeño instrumento con el que limaba la cerradura del baul..... Era un ladron..... mas ¿por dónde había entrado?..... Vana pregunta: los ladrones entran por cualquier parte.

Al miedo sucedió el terror: la pobre muchacha estaba medio muerta, mas no obstante, miraba y veía como si toda la energía de su vida se hubiera reconcentrado en sus ojos.

Vió que la cerradura cedió al fin á la tenacidad de la lima y que el baul se abrió, cansado de una inútil resistencia.

El ladron se sentó en el suelo y comenzó á colocar entre sus piernas uno á uno muchos líos de papel, redondos, estrechos y largos, que sonaban en el suelo con profunda pesadez.

Después de esta operacion, que duró más de un minuto, el hombre tendió un pañuelo y colocó en él los cartuchos que había sacado del baul, diciendo casi entre dientes:

— ¡Todo es oro, todo es oro!

El último cartucho se escapó de entre sus manos, torpes quizá por la emocion que le causaba tanta riqueza, y rodó, yendo á esconderse debajo de una silla.

Bajó el ladron la cabeza, buscando el sitio donde se había ocultado el cartucho, y Magdalena distinguió su semblante horrorizada..... desfallecida..... avergonzada.

Era su hermano, que estaba robando á su madre. Pero su madre, ¿cómo había adquirido aquel tesoro?

Arrastrándose silenciosamente, por un esfuerzo de su miedo, de su horror y de su vergüenza, llegó á la puerta de su cuarto y

entró en él, exclamando en lo más íntimo de su pensamiento :

—¡Qué madre, Dios mio, y qué hermano!

Allí, sin saber qué hacer, sin voz para gritar, sin aliento para moverse, se dejó caer en una silla, doblando la frente sobre sus manos cruzadas.

De esta manera permaneció algunos instantes, al cabo de los que oyó abrir cautelosamente la puerta que daba á la escalera, y sintió que de igual modo volvian á cerrarla.

El ladron se iba, cargado con el tesoro que acababa de robar á su propia madre..... y Magdalena respiró, porque aquel hermano hubiera sido capaz de asesinarla.

Pronto volvió de su estupor, y alzando la cabeza, aspiró con ánsia, como si quisiera buscar en la atmósfera que la rodeaba la causa de su nueva sorpresa.

La idea de un nuevo crimen y de un nuevo peligro la asaltó súbitamente..... por un sacudimiento supremo de sus fuerzas agotadas se puso en pié, cogió la luz y salió á la

sala, cruzó el pasillo sin detenerse, penetró en el comedor y registró la cocina; mas nada encontró que confirmára su terrible sospecha.

Al volver se detuvo en medio del pasillo y aspiró nuevamente el aire llena de espanto, creyó ver una sombra en la puerta de la sala, una sombra impalpable, que se extendia como se extienden las nubes.

Apoyándose en la pared por no caerse, siguió adelante, y la sombra la fué envolviendo, rasgándose para abrirle paso.

Penetró en la sala y la luz que llevaba en la mano se oscureció, enrojeciéndose como si brillára al traves de un cristal empañado.

La sombra flotaba á su alrededor, llenándolo todo; la luz cayó sobre la puerta del cuarto de Juana, y Magdalena, pálida como la misma muerte, con los ojos desencajados y la boca contraída por el espanto, pudo ver que la sombra salia lentamente por debajo de la puerta del cuarto de su madre.

No se detuvo: el peligro reanimó las fuerzas de su voluntad desfallecida, asió el picaporte y empujó con desesperado empe-

ño; la puerta se abrió violentamente, envolviéndola en una nube de humo.

— ¡Fuego!..... exclamó con voz sofocada.

En efecto, por aturdimiento, ó lo que es más probable, por exceso de precaucion perversa, el ladron, al huir con el tesoro, habia prendido fuego á la cama de su madre.

Salía el humo dando vueltas sobre sí mismo, y entró el aire, encendiendo la llama contenida hasta entónces.

Magdalena retrocedió gritando :

— ¡Socorro!..... ¡Socorro!..... Y la luz se le cayó de las manos.

Quería penetrar en la habitacion incendiada; pero el humo le cerraba el paso; queria huir, queria quedarse, é indecisa en medio de su tribulacion, permanecia inmóvil delante del incendio que empezaba, como si se hubieran agotado á la vez su voluntad y sus fuerzas.

Poco á poco sintió que sus rodillas se doblaban, que se oscurecian sus ojos, que el aire entraba penosamente en su pecho, que le zumbaban los oidos; sintió, en fin, que iba á caer desplomada, cuando la campanilla

sonó suavemente, como la voz de un amigo que llama.

Moviéronse sus piés paralizados, y tambaleándose, con pasos inciertos, pudo llegar hasta la puerta y pudo abrirla.

— Soy yo, dijo Javier entrando.

— Socorro..... Socorro..... exclamó ella con voz ahogada, apoyándose en el quicio de la puerta.

— ¡Qué ocurre!..... preguntó el Duque sosteniéndola.

Ella, casi sin sentido, dejó caer la cabeza en el hombro de Javier, repitiendo :

— ¡Fuego..... fuego!

No vaciló el Duque ni un instante, la suspendió en sus brazos, y oprimido por el dulce peso de tan codiciada carga bajó la escalera.

Alguna vecina curiosa debió presenciar esta escena, pues la voz atribulada de « ¡fuego, fuego!..... » circuló por la casa, poniéndola toda en agitado movimiento.

Entre tanto Javier habia llegado á la puerta de la calle; allí le esperaba su coche, entró en él con Magdalena, diciéndole al lacayo :

Pronto..... á casa.

Partió la berlina como una flecha, haciendo retumbar la calle, al mismo tiempo que Juana llegaba al portal, donde ya un vecino gritaba :

— ¡Fuego!.....

Cuando Magdalena empezó á darse cuenta de lo que le sucedía se encontró reclinada en un magnífico divan de damasco encarnado, dentro de un precioso gabinete adornado con ricos muebles, en el que ardía silencioso el fuego tranquilo de la chimenea, animando con sus reflejos los vivos dibujos de la alfombra de terciopelo que cubría el pavimento.

De pié, apoyado en la chimenea, Javier contemplaba á Magdalena, cuya extrema palidez realizaba la arrogante correccion de sus facciones, dando á las rubias ondas de sus abundantes cabellos un brillo esplendoroso, que envolvía su frente como una aureola, y destacando las suaves líneas de los redondos labios que formaban el delicado contorno de su boca.

Magdalena abrió los ojos..... pero ¡qué

ojos! en ellos se perdía la mirada como se pierde cuando la fijamos en la inmensidad del cielo.

— ¡Dónde estoy? preguntó exhalando un profundo suspiro.

— Estás en tu casa, le contestó el Duque, porque estás en la mía, y yo velo por tí como un padre, como un hermano, como un amigo.

Magdalena se sentó, pasó la mano por la frente y dijo :

— ¡Ah! no estoy bien aquí.

Inclinóse Javier sumisamente, y replicó diciéndole :

— Manda y serás al punto obedecida.

Después de un momento de duda, en que dejó ver claramente las vacilaciones de su espíritu, añadió :

— A lo ménos que venga mi madre.

— ¡Tu madre! exclamó el Duque, moviendo la cabeza..... Bien..... tú lo quieres, vendrá.....

— No, no, gritó Magdalena con angustia; que no venga.

Y ocultando el rostro entre sus manos y



dando franca salida á las lágrimas que acudían á sus ojos, sollozó estas palabras :

— ¡Ay..... yo no tengo madre!

Entonces el Duque tomó un plato de porcelana que se hallaba sobre el mármol de la chimenea, que contenía una taza y una cucharilla de oro, con la que, agitando el líquido de color de ópalo que había en la taza, se acercó tímidamente á Magdalena, diciéndole :

— Una cucharada de este calmante reanimará tus fuerzas abatidas..... Vamos..... No me niegues este favor, que te pide un amigo.

Y diciendo y haciendo aproximó la cucharilla de oro á los labios de Magdalena, que agradecida absorbió la pequeña cantidad del calmante que tan buen amigo le ofrecía.

Éste, por su parte, se retiró, colocando de nuevo el plato sobre la chimenea. Despues volviéndose á Magdalena, le dijo :

— Acaso mi presencia te cause inquietud; lo comprendo y no me ofende, y voy á dejarte en completa libertad..... Cerca de aquí tienes criados, que acudirán ansiosos de servirte con sólo que agites ese cordon de seda

que cae sobre el divan..... yo voy á saber lo que pasa y á traerte noticias seguras.....

Nada replicó Magdalena, que continuaba sollozando, y el Duque salió del gabinete, cerrando la puerta.

Al pasar por una de las antesalas que conducían al recibimiento llamó al criado de más confianza y le hizo las siguientes advertencias :

— Nadie entrará en el gabinete de damasco si la señorita no llama.

— Bien, señor, contestó el criado.

— Si llama entras tú, y si necesita una doncella, que éntre Rosalía.

— Bien, señor, volvió á decir el criado.

— Puede que quiera salir de casa, y si así fuese, entretenedla discretamente, impidiéndolo hasta que yo vuelva.

— Bien, señor, repitió por tercera vez el criado.

El ruido que produjo la berlina al salir de nuevo á la calle sacó á Magdalena del abismo de sus crueles reflexiones.

Su atribulado espíritu pasaba alternativamente de la carta de Miguel al crimen de su

hermano, y del crimen de su hermano al tesoro de su madre, y cada uno de estos tres pensamientos desgarraba su alma, causando en ella tres heridas mortales.

Miguel le producía inmensa pena.

Juana, repugnancia invencible.

El hijo de Juana, horror profundo.

En un mismo día se encontraba por un triple golpe de su negra fortuna sin el ídolo de su corazón, sin madre, sin hermano y sin casa.

— Es muy triste esto, exclamaba entre el hervir de sus sollozos; un amante que me engaña, un hermano que me deshonra y una madre que me vende: ni amante que me defienda, ni madre que me ampare, ni hermano que me proteja..... Me encuentro sola, sola en el mundo, entre el abandono del hombre que huye de mí, la codicia de una madre que no es mi madre y la maldad de un hermano que no es mi hermano.

Pensando así llegó á sus oídos el ruido del coche que salía de la casa, y anudando sus reflexiones, dijo:

— Se va..... Es un hombre generoso, su

conducta no puede ser más delicada; desde que me prometió ser mi padre, mi amigo y mi hermano no he visto en él más que la solitud de un padre, el interés de un amigo y el cariño de un hermano..... ¡Qué diferencia, Dios mío..... qué diferencia! Si yo pudiera amar á este hombre, lo amaría con toda mi alma.

Aquí se detuvo, más meditabunda que afligida, y trascurrido un instante se puso de pie diciendo:

— No, no, yo no debo permanecer aquí, yo no he debido venir á esta casa, y es preciso salir de ella.

Sin detenerse asió el cordón de la campanilla, y en el momento de sacudirlo con el ímpetu del que llama con repentina urgencia, contuvo su mano y se replicó á sí misma:

— Huir es una ingratitud..... es hacer una ofensa á su generosidad..... esperaré.

Mas debió asaltarle la idea contraria, porque exclamó:

— Quedarme aquí es un peligro.

Se ve, pues, que la razón ¡pobre razón humana! le decía: «espera», mientras su ins-

tinto, su corazón, el pudor de su alma le decía: «huye.» Sin rendirse su voluntad ni á la razón ni al instinto, buscaba un término medio, un recurso que no la obligara á huir del único ser que la protegía, ni á quedarse sola, abandonada de todos, en la opulenta casa del único hombre que la amaba.

No le temía á él, no se temía á sí misma, pero le temía al mundo.

Mas ¿dónde ir, dónde refugiarse?..... Se acordó de la señora Gertrúdis, pero inmediatamente rechazó este recuerdo, movida por la dignidad de su amor..... No quería ver más aquella casa, ni quería volver á pasar por aquella calle..... Era la resolución heroica de su cariño ofendido.

Sofocada por el calor de sus propios pensamientos, buscó aire que respirar..... aire libre que refrescara el ardor que abrasaba su cabeza, corrió una cortina colgada enfrente de la puerta por donde el Duque había salido, y se encontró, no una ventana, sino otra puerta, que abrió, recibiendo sus ojos la luz de la luna, que entraba al través de los cristales de la galería que daba al jardín.

Al pronto no vió más que la claridad del cielo; pero despues distinguió perfectamente los objetos que tenía delante, y salió á la galería. En ella encontró una escalera alfombrada, que hundiéndose en el muro y retorciéndose sobre sí misma como una serpiente, subía en cómoda espiral hasta el piso principal de la casa.

Aquella escalera oscura fué para Magdalena un rayo de luz, y comenzó á subir asida al pasamano, diciéndose:

— Ésta debe ser la escalera que pone en comunicación los cuartos de los dos hermanos. Si la Marquesa está en su casa, es bondadosa y me recibirá bien..... Si no está, la esperaré..... Sí, sí, podré esperarla, porque la doncella me conoce. Aquí me refugio..... No se ofenderá el Duque de que yo busque contra la maledicencia un amparo en su hermana..... Esto no es huir ni es quedarse.

Con estos pensamientos llegó al fin de la escalera, que no estaba cerrada por puerta ninguna y que desembocaba en otra galería igual á la que había dejado.

Entró y no vió á nadie, y se detuvo sin

saber adónde dirigirse, hasta que al fin se adelantó á la ventura, conducida por la desgracia.

La escalera por donde hemos visto subir á Magdalena era, en efecto, la comunicacion interior que existia entre el piso bajo, que habitaba el Duque, y el piso principal, habitado por la Marquesa, y la galería en que nos encontramos es la misma que al principio del capítulo XII del presente libro vimos cruzar á Mundeta apresurada por el impaciente repiqueteo de la campanilla con que su señora la llamaba.

Sabemos, pues, que esta galería terminaba—y aún pudiera decir termina—por uno de sus extremos en la puerta que, dirigiéndose á la derecha, conducia al gabinete reservado de Luisa, é inclinándose á la izquierda abria paso á la escalera que bajaba al pabellon del jardin; pero nos falta saber que esta misma galería llegaba por el otro extremo á una de las cuatro puertas que simétricamente decoraban el magnífico comedor de la Marquesa.

Magdalena se dirigió hácia la puerta que

daba al pabellon, y trató de abrirla inútilmente comprendiendo que estaba cerrada por dentro, y desandando lo andado, como aquella misma tarde habia hecho Mundeta, se dirigió hácia el extremo opuesto, deslizándose por la alfombra de la galería como una sombra, que hacian más misteriosa el silencio que reinaba en la casa y la fantástica luz de la luna que entraba por los cristales.

Llegó á la puerta que conducia al comedor, como todas las de la casa resguardada por dobles cortinas de tapicería, y entró con sólo levantar la hoja de la cortina que la cerraba el paso, hallándose en una especie de antecomedor iluminado por la luz que despedia un lagarto de bronce pendiente del techo. Cubrian las paredes anchos armarios, conteniendo en variadas vajillas de rica porcelana los dibujos más caprichosos y los más vivos matices.

Esta pieza correspondia á otra enteramente igual que se encontraba al otro lado del comedor, y ambas se comunicaban con él por dos puertas, que formaban las cuatro que ántes he indicado.